

Jorge Herrera S:

## VOCES TRAS EL MURO

**H**ASTA el viernes, señora Harrison. Adiós, Manolo. ¡Ah!, se me olvidaba la pez de castilla. Voy a buscarla, con su permiso...

—No se moleste, Anda tú, Manolo, corriendo.

El niño obedece. Vuelve en unos cuantos segundos, con las manos vacías. La voz infantil asegura:

—No está en ninguna parte. Y dirigiéndose al violinista, exclama:

—Tal vez en las carteras de su abrigo...

Debía haberlo pensando. Mas... Siente el deseo de que se haya extraviado definitivamente. Es un incidente ridículo. Pero, ya es tarde. Sus manos hurguetean por las amplias carteras, y exhiben el objeto perdido, a los ojos inquisidores de la mujer y del niño. Experimenta una sensación de vergüenza y a la vez de abandono, de laxitud. Se produce un silencio pesado que gravita sobre las tres cabezas. Enrojece, súbitamente. Por fin sus labios exprimen unas cuantas palabras confusas:

—¡Esta memoria, señora...! ¡Qué tontería!... Bueno me voy...

Y con paso apresurado, como quien huye de algo o de alguien, baja sin conciencia la escalera. Ya en la puerta, y sin decir una palabra, vuelve la cabeza, como para imponerse del efecto que ha producido su torpeza. y sale a la calle con la caja de su violín a cuestas.

Afuera, el frío cortante del viento. Después, la obscuridad de la calle, que lo envuelve, que se enrolla, a su cuerpo como una bufanda de tinieblas. Y por sobre todo esto, la convicción adquirida desde tiempo atrás, de tener que recorrer media ciudad, para conseguir unos pocos bocados de mala comida. Pero también algo de tibia solédad.

Y echa a andar, de prisa como todas las veces, sumergiéndose en la obscuridad como un punto negro en una mancha de tinta.

La noche es una enorme caja de resonancia, para sus pasos. El taconeo constante, repetido, su roce lento, perdurable, es una melodía odiosa como los golpecitos vacíos de un péndulo. Quiere libertarse de su insistente permanencia. Se detiene por un momento, lo bastante para aspirar un poco de frío. Ahora, sus pasos, ya no tienen sentido. Ni siquiera los oye. No oye nada. No siente nada. No sabe nada. Ni siquiera sabe que es un hombre vestido de negro, que camina por una calle oscura, con un violín colgando de su mano derecha.

Es la hora en que la ciudad empieza a concentrarse en sí misma. Las casas recortan con trazos borrosos su silueta en la inmensa vastedad gris del cielo. Parecen somnolientas moles de granito. Casas viejas, tan antiguas, como el sabor desolado de la noche. Muy avaras de su atmósfera interior. Muy a lo lejos, alguna lanza por sus ventanas, palabras de luz, a los ojos ansiosos de los transeúntes.

Hay entre éstos, hombres y mujeres, que a veces van juntos, confundidos en un solo cuerpo. Son bultos opacos de silencio, que van dejando tras sí, un sentimiento, casi muscular, de vaciedad, de tristeza indefinible. En sus semblantes apenas perceptibles, se adivinan extrañas tragedias, algo así como una muerte o una enfermedad sin esperanza. Cada bulto, es una tragedia, que se diluye en la sombra. Y de pronto, la calle, es un largo callejón de penitentes. Se advierte la falta inexplicable de roncos sollozos. Se hace necesario el estupor del grito...

Empieza a sentir. Las articulaciones le pesan, flojas, así como le pesa el violín en su mano derecha. Sigue caminando, aunque un poco más lentamente. Como una máquina, de gran precisión, funciona su cuerpo. Como una máquina detenida, duerme su cerebro. Cree que debe pensar. Si, pensar fuertemente, con energía. Pero sus recuerdos, todo lo que ya fué en el tiempo, todo ha desaparecido como si hubiera resbalado como una moneda por un bolsillo roto. Y lo que ha de venir, lo que espera agazapado a la vuelta de la esquina... Oh, la acera está destruída. Ha dado un traspies. Sí, está demasiado oscuro. La noche está muy espesa. ¿Qué queda entonces? Y dice entredientes: «Tengo ganas de fumar». Pero no se encuentra cigarrillos. Es un verdadero contratiempo, porque... Si, siente grandes deseos de fumar. Varios cigarrillos a la vez. De aspirar mucho humo. De devolver mucho humo, por la nariz, por la boca. Bueno, estoy pensando... y, por qué no... es tan poca cosa... Si pidiera un cigarrillo... No podría, alguien... Es tan poca cosa...

Un hombre alto, que termina en un sombrero gris de alas quebradas, está detenido frente a él. Se ve obligado a detenerse. Se le ven brillar unos ojillos penetrantes como agujas. Una mano enguantada sujeta una cigarrera entreabierta. Ofrece con un ademán. Decididamente, ha debido venir soñando... No comprende, pero acepta. El otro lo mira con curiosidad enfermiza. Lo moldea con los ojillos brillantes. Mira como un policía. Cree odiarlo de pronto. Dice: «Gracias», y se marcha sin comprender nada.

Siente ahora algo así como una vaga alegría. Después de mucho, se ha encontrado. Eso es todo. Poco a poco, con deleite casi sensual, va reconociendo los diversos repliegues de su «yo». ¿Se amaba? ¿Supo que había andado largamente? ¿Pensaba con los músculos? Pero también sé que soy un violinista que da clases a domicilio. Que vengo de casa de la señora Harrison, donde enseñé a Manolo la técnica de los «trémolos» y de los «staccato». Pero si esto es elemental. Y ahora, ¿voy a encerrarme en mi cuarto? ¿Era eso todo? ¿Y la pez de castilla? Ah, pero si eso ocurrió hace diez años...

Notó que tenía fuerzas, mucho ánimo, hasta para engañarse. Ahuecó los labios, y trató de silbar cualquier cosa. Pero, había llegado.

Una puerta que chilla y se abre. Olor a maderas podridas. Atmósfera cargada de humedad. Un pasadizo que vive en simbiosis con un farol de luz amarilla. Otra puerta. En seguida, los cuatro muros del cuarto, como la palabra clave, conocida, hacia lo cotidiano y eterno.

Luego, lo de siempre. El violín, casi por sí solo, va a dormir sus notas en la mesa. El sombrero, a engarfiarse en la perilla del catre. El abrigo, cuidadosamente doblado, se quiebra en el respaldo de una silla. Y él, quiere librarse de esa sistematización de sus actos. Pero el hábito es más fuerte, y va a apoltronarse junto a la ventana, con el rostro pegado a los cristales, por los que se filtran la ciudad y sus efluvios.

Caen de pronto, desplomadas las paredes de la habitación y empieza el vagabundeo inevitable. El continuo ir y venir a través de un lejano país de sombra.

La noche se abre como una boca y tiende su mano negra de misterio y de ausencia de todo límite. Como una cascada de lentas y silenciosas aguas, poco a poco, va inundando su conciencia.

Piensa, entonces, en extraños dolores que tal vez, no son de nadie, en el rostro envejecido de algunos hombres, en el andar

cansado de alguien a quien no conoce, y que pasa ante su visión, con la fugacidad de un pájaro ceniciento de pesado vuelo.

Luego sus labios se entretienen en jugar con el aroma de unas cuantas frases que vienen oscilando desde un poco más allá de sus sentidos. Es algo parecido a la alegría tristemente ingenua del niño, que lanza al espacio la clara maravilla de unas pompas de jabón. Así dice por ejemplo: «La luz amarilla, mi soledad y mi esperanza». O también: «Las cosas que hablan de su silencio en una oración que no se dice».

Y una densa neblina de angustia, se cierne definitivamente sobre su cuerpo,

Toda noción, todo conocimiento, van quedando atrás como en un salto hacia la nada. La realidad y sus elementos, mueren derrotados bajo esta zona de raras emanaciones, en que tiembla como un párpado, lo desconocido.

Sus manos, van de súbito, a los cristales empapados de humedad. Las mueve una fuerza extraña, ajena a toda voluntad. Y hunden un dedo en el agua inmóvil del cristal, y lo recorren caprichosamente a lo largo de su helada extensión. Como una radiante melodía, largamente acariciada en el Tiempo, se anuncia un nombre de mujer: María Soledad.

Se queda unos segundos en suspenso, como ante la presencia de algo grande e inesperado, visto a través de un lente en que se confunde el sueño y la realidad. Pero ahí está ese nombre, dividiendo millares de gotitas, y haciendo brillar intensamente sus sensaciones. Invadiéndolo, como el temblor de una mirada clara y profunda. Irrumpiendo en la habitación, con un sordo rumor de abejas nupciales.

Se levanta mecánicamente y con paso ebrio, va hasta un rincón de la pieza. Del ropero, saca una cajita de madera que coloca sobre la mesa. La abre emocionado, y de entre un montón de papeles y de cuerdas de violín, sus manos, temblando, extraen un medallón dorado que brilla al beso de la luz. En su interior, hay el rostro de una mujer. Como los ojos de un condenado a muerte, que por última vez ven a un ser querido, así sus ojos leen el reverso de la fotografía devorándolas, aquellas palabras gastadas escritas con letra diminuta «Recuerdo de María Soledad».

Sus labios se contraen en un rictus de pena y de amargura. Luego, con la fuerza de las cosas fatales, camina aceleradamente por las blandas avenidas del recuerdo, hacia un pasado no muy lejano de su vida. Un pasado lleno de horas intensas, inolvidables. Un pasado que todavía lo hace vibrar de desesperación y que re-

mece con fuerza, las aguas siempre quietas, sin olas, de su vida un poco olvidada de sí misma.

Fué una tarde del último verano, roturada de sol. Era el día de su estreno como profesor, en casa de la señora Harrison. Al finalizar su tarea, la señora no disimuló sus deseos de oírlo tocar. No puso inconvenientes. Era la primera vez... y empezó a hacer cantar su instrumento. La madre y el hijo, escuchaban sentados en medio de la habitación. Él daba la espalda a la ventana por donde entraban ráfagas de aire caliente. El violín dejaba escapar una melodía plena de luz, de alegría suelta, liviana como un susurro. De pronto, las notas eran como un remolino de hojas secas que hace danzar el viento. No supo cómo, pero lo cierto fué que él sintió también el deseo violento, de girar rápidamente. No pudo contenerse, y dió media vuelta, siempre tocando. Era bastante. Estaba frente a ELLA.

En la casa fronteriza, se corrieron los visillos de una de las ventanas del segundo piso. Una mujer lo miraba suavemente. Recuerda que no tuvo ninguna sorpresa. Por el contrario, saludó con una sonrisa. Como se saluda a un viejo amigo, a quien se encuentra después de mucho. Tenía la seguridad de haberla visto antes. Ya en otra, o en otras ocasiones, se había topado en alguna parte con su rostro, de ausencia, su tristeza dormida, y la esperanza de su rostro, a punto de morir como un crepúsculo. No le eran desconocidos esos ojos tejidos de bruma, lejanos, como despidiéndose. Ni tampoco, su cabellera de color incierto, libre y larga cayendo a borbotones, sobre los hombros. Conocía también su boca, siempre muda, siempre arrullando silencios...

Sigue tocando, briosamente. Como si de la vitalidad de sus notas, dependiera la presencia, la existencia misma de ese rostro que lo domina con la influencia de su clima enigmático. Mas, de improviso, se deavanece como una sombra. Vuelven a juntarse los visillos. Las cuerdas del violín, reciben entonces, el efecto de la huída, y producen un golpe seco, ronco, pero lastimero, que es como un llamado o una advertencia. La ejecución, había terminado.

Sus pensamientos se desbordan desorganizadamente, giran como pájaros, en torno a ese golpe de cuerdas, seco, ronco, pero lastimero... Ahora, lo ve todo con claridad: es el mismo que oyó más de una vez, cuando ELLA huía después de sus extrañas visitas, allá en la penumbra de su cuarto.

Con rapidez vertiginosa, acuden a su memoria, esa serie de sucesos, tan alejados de la realidad, de su marco opresor, y que ocurrían en un plano tan distinto al de su vida ordinaria. Quiso vivir nuevamente uno de ellos. Cualquiera, al azar. Tocaba la

«Elegía» de Massenet. Lo recuerda. Sus nervios seguían el ritmo cadencioso de la melodía. La obscuridad era completa en el interior de su cuarto. Su soledad, ancha y abierta... Estaba triste, como todos los días, acorralado en sí mismo. De pronto, tras los cristales, como un índice de lo mágico, se perfiló un rostro de mujer. Un rostro sin consistencia, sin espacio. Un rostro de humo. Se sintió temblar, como un sentimiento de grandeza, de dominio sobre todas las cosas. Ese rostro, esas líneas, eran el resultado de su arte. Eran su creación de artista. ELLA era suya, absolutamente suya, y nadie... pero, ya emprendía la huida incomprensible, haciendo gemir brutalmente a su violín.

Después de aquella tarde inolvidable del encuentro, sus ansias la esperaron inútilmente junto a la ventana. En vano su violín la llamaba con sus notas ardientes. Todo esfuerzo fué estéril. Ya no volvió a la paz de su cuarto.

Fuó preciso conformarse entonces, con sorprenderla acá, en su propia casa, donde ella vivía, respiraba como una mujer, donde ya no era una sombra, donde ella pisaba el entarimado de su habitación...

Quiso saber a toda costa, algo de su existencia.

Se decidió a interrogar a Manolo. Descubrirla en su realidad.

—¡La señorita María Soledad!... ¿Le gusta a Ud.?

Supo de sus labios, que era extranjera. Vivía sola con su padre, que era pastor de una iglesia anglicana. No salía nunca de su casa. Sin embargo antes, iba a la iglesia con su padre, los días que había ceremonia, donde ella tocaba el violín. ¡Porque ella también tocaba el violín! Como un ángel, según decían los vecinos. Ahora, apenas si se le veía una vez que otra asomada en la ventana, mirando pasar los transeúntes, o si no, hacia arriba, con los ojos coloreados de distancia... Siempre muy abrigada con un chal de lana a las espaldas.

Reveló extrañeza. El niño se explicó:

—Sí, porque dicen que está muy enferma. Que tose mucho, y que a veces, bota sangre por la boca...

El hálito frío de sus palabras, le deformó el rostro. La verdad, amenazante, tremenda, resonaba como una carcajada sarcástica.

Y cuando ella apareció, como obedeciendo al llamado de su música, se sintió más que nunca, estrechamente ligado a su destino. Sus menores gestos, repercutían en su interior, como formando parte de su contextura, como adheridos a los latidos de su corazón. Sus ojos se buscaban para fundirse en un solo todo. Se cruzaban sus pensamientos. La supo dentro de él.

Así, se sucedieron los días. Pasaron cerca de cuatro semanas,

rebosantes de una felicidad algo mezclada de extraña angustia. Nuevamente Manolo y sus palabras.

—Sabe, su amiga le ha mandado un regalo...

Y le entregó el medallón, que ahora junto con el recuerdo apreta febrilmente en sus manos.

Le exigió, vehemente, un relato detallado.

Había ido a la casa del frente con un encargo de su madre. María Soledad, al verlo, lo llevó a su habitación para hablarle. Estaba intensamente pálida y las palabras salían con dificultad. Me preguntó mucho por Ud... Hasta si yo lo quería... Y agregó: «Lo has de querer mucho, porque ha sufrido tanto como yo»... «Todos los que sufren, son buenos, y hay que quererlos, Manolo» Finalmente, se había desprendido del cuello este medallón, como un recuerdo para Ud...

Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, siente en los labios el calor que puso entonces en ellos, cuando llevándose a la boca, el objeto, lo besó apasionadamente.

Aquella tarde, su rostro no apareció tras los cristales... Manolo aseguró que había oído la voz del padre que le insinuaba que guardara cama cuanto antes.

Salió a la calle debatiéndose entre una ternura infinita y una desolación que era como el presagio de una gran desgracia. Tenía la garganta seca. Se enroló en el torbellino, de un bar que hacía llegar a los transeúntes, el contagio epiléptico de un jazz-band. Sus emociones habían sido fuertes. Bebió. Bebió mucho, sin medida, como nunca.

Esa noche, durmió pesadamente. Su actividad onírica lo hizo concebir un sueño trágico, una pesadilla que lo ahogaba. Unos hombres pequeñitos, todos vestidos de negro, muy ceremoniosos, se agrupaban en torno a la caja negra de su violín, y sumando sus fuerzas, lo sacaban sigilosamente de la pieza. El gritaba frenéticamente, que no se lo llevaran: «Es toda mi vida», decía. «Ladrones, que va a ser de mí y de mi arte». Pero ellos corrían velozmente, sin oír, a través del aire. El los seguía desesperadamente por las aceras. Pero era una competencia muy desigual. Se perdieron en la noche. El siguió corriendo, hasta que rendido, cayó sin conocimiento. Despertó sobresaltado.

Su soledad fué más ancha, más abierta desde entonces. Su tristeza, más honda. Sin saber por qué, muy a menudo, se sorprendía llorando. Llegó el día de su clase, como una promesa.

Al entrar a esa casa que ya había llegado a serle querida, miró al frente. La puerta estaba semi-entornada. Levantó la vista. Las ventanas, cerradas y los postigos, todos corridos.

Como un enajenado, subió precipitadamente la escalera. Era

algo horrible, que lo convulsionaba, lo achataba, le hacía llegar sus colores de frío, al frío de las sienes. El ya lo sabía. Tenía que ser así...

Manolo lo recibió apesadumbrado.

—¿Cuándo fué?

—El mismo día que le mandó el medallón... A media noche... De repente... Se la llevaron unos hombres vestidos de negro... En una caja negra como la del violín...

-----

Golpes en la puerta. Una mujer que grita con impaciencia:

—Es la tercera vez que lo llamo a comer. ¿Va a venir esta noche o no?

